

CAPÍTULO 4

Algunos días más tarde, la madre y Sofía se presentaron ante Nikolái ataviadas como mujeres pobres de ciudad, con unos vestidos usados de percal, unas chaquetillas, una mochila al hombro y el bastón en la mano. Con aquel vestido Sofía parecía más baja y su pálido rostro, más severo.

Al despedirse de su hermana, Nikolái le estrechó la mano con fuerza, y una vez más observó la madre la sencillez y apacibilidad de sus relaciones. Ni besos, ni palabras cariñosas; pero, sin embargo, aquellas personas se trataban con tanta sinceridad y solicitud... Donde había vivido ella, las gentes se besaban mucho, se decían con frecuencia palabras de ternura y siempre se estaban mordiendo los unos a los otros, como perros hambrientos.

Las mujeres pasaron en silencio por las calles de la ciudad, salieron al campo y continuaron, hombro con hombro, por un ancho camino, lleno de baches y carriles, entre dos hileras de viejos abedules.

—¿No se cansará? —preguntó la madre a Sofía.

—¿Cree que no tengo costumbre de andar? Esto no es nuevo para mí.

Alegremente, como si relatase travesuras de su infancia, Sofía se puso a contarle a la madre sus actividades revolucionarias. Tenía que vivir bajo un nombre falso, utilizando un documento falsificado, disfrazándose para despistar a los agentes de la policía secreta; se había visto obligada a cargar con puds¹³ de libros prohibidos y llevarlos a diferentes ciudades, a organizar la evasión de camaradas deportados y hacerles cruzar la frontera. Tuvo instalada en su casa una imprenta clandestina, y cuando los gendarmes se enteraron, apenas tuvo tiempo de disfrazarse de criada unos segundos antes de que llegaran a registrar. Había salido cruzándose con sus huéspedes en el portón, sin abrigo, una cofia en la cabeza y un bidón de petróleo en la mano, y en aquel riguroso frío de invierno había atravesado la ciudad de un extremo a otro. Otra vez había llegado a una ciudad extraña, para ir a casa de unos

¹³ Unidad de peso del Sistema Imperial. Se usó desde los tiempos del Rus y hasta 1924, en Rusia, Finlandia, Bielorrusia y Ucrania. Un pud equivale a 16,3807 kilos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

amigos; subía ya la escalera, cuando se dio cuenta de la presencia de un funcionario de la policía. Era demasiado tarde para volverse atrás; entonces, llamó audazmente a la puerta del piso de abajo y, entrando con su maleta en la vivienda de unos desconocidos, les explicó francamente su situación.

—Pueden entregarme si quieren, pero creo que no lo harán —dijo con firmeza.

Muy asustados, estuvieron toda la noche en vela, esperando a cada momento que llamara la policía, pero no se decidieron a entregarla, y a la mañana siguiente se rieron con ella de los gendarmes.

Otra vez, vestida de monja, tomó asiento en el mismo vagón y en el mismo banco donde viajaba el agente de policía encargado de seguirla, el cual, alardeando de sus habilidades, le contó cómo se hacían esas cosas. Estaba seguro de que ella viajaba en el mismo tren, en un vagón de segunda clase; salía en cada parada, y, al volver, le decía:

—No la veo... debe ir durmiendo. ¡También ellos se cansan, llevan una vida dura, del estilo de la nuestra!

La madre reía escuchando estos relatos, y la miraba con ojos de afecto. Alta, delgada, Sofía caminaba con el paso firme y ligero de sus esbeltas piernas. En su porte, en sus palabras, en el tono mismo de su voz, levemente opaca pero resuelta, en toda su silueta elegante, había una bella salud moral, una alegre osadía. Posaba sobre todas las cosas su mirada nueva y joven, y en cualquier parte encontraba detalles que aumentaban su lozana alegría.

—¡Mire qué abeto más bonito! —exclamó Sofía, mostrando a la madre un árbol que ésta se detuvo a mirar. No era ni más alto ni más recio que los otros.

—¡Buen árbol! —repuso sonriendo. Y veía cómo el viento jugueteaba con los cabellos canos sobre las orejas de Sofía

—¡Una alondra!

Los ojos grises de Sofía tuvieron un resplandor de ternura y su cuerpo pareció querer lanzarse delante del claro cantar de la alondra invisible, en el cielo luminoso.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

A veces, con un ágil movimiento, se agachaba a recoger una flor silvestre cuyos pétalos temblorosos acariciaba amorosamente, con el ligero roce de sus delgados y nerviosos dedos. Y entonaba en voz queda alguna bella canción.

Todo ello acercaba el corazón de la madre a aquella mujer de ojos claros, y se apretaba involuntariamente contra ella, esforzándose en ir a su mismo paso. Pero, a veces, en las frases de Sofía, había algo de demasiado vivo, que parecía superfluo y que suscitaba en Pelagueia un pensamiento inquieto.

—No va a gustarle a Mijaíl.

Un instante más tarde, Sofía hablaba de nuevo, sencillamente, cordialmente, y la madre, sonriendo, la miraba con ternura.

—¡Qué joven es usted aún! —suspiró.

—¡Oh, tengo ya treinta y dos años! —dijo Sofía.

Vlásova sonrió:

—No es eso lo que quiero decir; por su aspecto se puede pensar que tiene más. Pero cuando se la mira a los ojos, cuando se la escucha... es asombroso, parece una muchachita. Ha llevado una vida agitada y difícil, peligrosa, y, sin embargo, su corazón sonríe siempre.

—No creo que mi vida sea difícil, y no puedo imaginar ninguna mejor ni más interesante... Voy a llamarla por su patronímico, Nílovna. Pelagueia no le va.

—Como quiera. Si eso le gusta... —dijo la madre pensativa—. La miro a usted, la escucho, y reflexiono. Me agrada ver que conoce el camino para llegar al corazón humano. Ante usted la persona abre su corazón sin timidez, sin recelo; ante usted se descubre el alma por sí sola. Pienso en todos ustedes. Vencerán al mal en la vida, sin duda alguna, ¡lo vencerán!

—Tendremos la victoria porque estamos con los trabajadores —dijo Sofía con fuerza y seguridad—. El pueblo trabajador decide; en él, todo está por descubrir, con él hay posibilidades para todo, todo se puede alcanzar. Sólo hay que despertar su conciencia, que no tiene libertad para desarrollarse...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Sus palabras despertaron en la madre un sentimiento complejo. Sofía le daba pena, sin saber por qué; era una piedad amistosa que no hería, y le habría gustado oírle decir otras palabras, más sencillas.

—¿Quién la recompensará por sus trabajos? —preguntó dulce y tristemente.

—Ya estamos recompensados —respondió Sofía, en un tono que pareció a la madre lleno de altivez—. Hemos encontrado una vida que nos satisface, y donde podemos desplegar todas las fuerzas de nuestra alma, ¿hay algo mejor?

La madre le lanzó una ojeada y bajó la cabeza, pero pensó de nuevo:

«No gustará a Mijaíl.»

Aspirando a pleno pulmón el aire tibio, no caminaban muy aprisa, sino con paso sostenido, y a la madre le parecía que iba en peregrinación. Recordaba su niñez, y la alegría que la animaba cuando, en alguna fiesta, dejaba su aldea para ir a algún monasterio lejano, a visitar algún milagroso icono.

Algunas veces, Sofía cantaba con voz pequeña, pero muy bella, canciones nuevas que hablaban de cielos o de amor, o se ponía a declamar versos celebrando los campos, el Volga, y la madre sonreía, escuchaba balanceando involuntariamente la cabeza al ritmo de la poesía, cuya música le encantaba.

Su corazón se bañaba en la tibieza, la paz y el ensueño como en un viejo jardín una tarde de estío.

CAPÍTULO 5

Al tercer día llegaron a una aldea. La madre preguntó a un mujik que trabajaba en el campo dónde se encontraba la fábrica de alquitrán, y en seguida bajaron por un caminito escarpado, en el bosque, donde las raíces de los árboles formaban escalones, y llegaron a un claro como una plazoleta, llena de carbón de madera y virutas, con charcos de alquitrán.

—¡Bueno, ya hemos llegado!—dijo la madre, examinando el lugar con inquietud.

Junto a una choza formada por tablas y ramas, alrededor de una mesa hecha con tres tablas de madera sin desbistar, colocadas sobre estacas hincadas en la tierra, estaban sentados, comiendo, Ribin, todo negro, con la camisa abierta sobre el pecho, Efim y otros dos muchachos jóvenes. Ribin fue el primero que vio a las dos mujeres, y, con la mano en visera, esperó en silencio.

—¡Buenos días, amigo Mijaíl!—gritó la madre desde lejos.

El se levantó y vino a su encuentro sin apresurarse. Cuando reconoció a Pelagueia, se detuvo y sonrió, acariciándose la barba con su negra mano.

—Vamos en peregrinación—dijo la madre, acercándose—. Me dije: «Pues mira, vamos a hacerle una visita al pasar.» Esta es mi amiga, se llama Ana.

Orgullosa de su ingenio, miró con el rabillo del ojo a Sofía, que permanecía grave y severa.

—¡Buenos días!—respondió Ribin, con una sombría sonrisa. Le estrechó la mano, saludó a Sofía y continuó—: Aquí es inútil que mientas. Esto no es la ciudad, no hace falta disimular. Estamos en familia.

Efim, sentado a la mesa, examinaba atentamente a las peregrinas y murmuraba algo a los compañeros. Cuando las mujeres se acercaron, se levantó y las saludó en silencio. Los otros dos permanecieron inmóviles, como si no hubiesen visto a las visitantes.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Aquí vivimos como monjes —dijo Ribin, dando un golpecito en el hombro de la madre—. Nadie viene a vernos, el patrón no está en el pueblo, la patrona está en el hospital y yo soy una especie de encargado. Siéntate. ¿Té? ¿Comerán algo? ¿Quieres traer leche, Efim?

Efim se dirigió lentamente hacia la choza. Las peregrinas dejaron sus mochilas. Uno de los jóvenes, alto y seco, se levantó para ayudarlas. El otro, regordete y harapiento, se había acodado en la mesa y las miraba pensativamente, rascándose la cabeza y canturreando.

El pesado olor de la brea se mezclaba al olor dulzón de las hojas podridas y mareaba un poco.

—Mira, este es Yákov —dijo Ribin, señalando al más alto de los dos obreros—, y este, Ignat. Bueno, ¿y tu hijo?

—En la cárcel —suspiró la madre.

—¿Otra vez? —exclamó Ribin—. Habrá que creer que le gusta...

Ignat dejó de cantar. Yákov tomó el bastón de manos de la madre, y dijo:

—Siéntate.

—Y usted, siéntese también —dijo Ribin a Sofía, que, sin responder, se sentó en un tronco de árbol y examinó atentamente a su interlocutor.

—¿Cuándo se lo han llevado? —preguntó éste, tomando asiento frente a la madre, y moviendo la cabeza, dijo—: ¡No tienes suerte, Nílovna!

—¡Qué le vamos a hacer!

—¿Qué? ¿Te vas acostumbrando?

—No, pero veo que no hay otro remedio.

—¡Eso es! —dijo Ribin—. Bien, pues cuenta.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Efim trajo un cacharro con leche, tomó de la mesa una taza, la enjuagó y, después de llenarla de leche, se la acercó a Sofía, escuchando atentamente lo que contaba la madre. Se movía y lo hacía todo sin ruido, con precaución. Cuando la madre terminó, todos permanecieron silenciosos, sin mirarse unos a otros. Ignat dibujaba algo con una uña sobre la madera de la mesa; Efim, de pie detrás de Ribin, se apoyaba en el hombro de éste. Yákov, adosado al tronco de un árbol, cruzaba los brazos sobre el pecho y bajaba la cabeza. Sofía, mirando de reojo, examinaba a los mujiks.

—¡Sí! —dijo Ribin en tono arrastrado y lúgubre—, así es como actúan, abiertamente.

—Si hubiésemos organizado aquí un desfile de ese tipo —dijo Efim con sombría sonrisa—, los mujiks nos hubiesen molido a palos.

—Nos habrían matado a golpes —afirmó Ignat, con un movimiento de cabeza—. No, yo me iré a la fábrica, allí es mejor.

—¿Dices que van a juzgar a Pável?—preguntó Ribin—. ¿No te han dicho qué condena le saldrá? ¿No has oído nada?

—El penal, o la deportación perpetua a Siberia —dijo ella en voz baja.

Los tres muchachos alzaron hacia ella los ojos. Ribin bajó la cabeza y prosiguió:

—Y cuando se metió en esto, ¿sabía lo que le esperaba?

—¡Lo sabía! —dijo Sofía enérgicamente.

Todos callaron, sin moverse, como si un mismo pensamiento los hubiese helado.

—¡Eso es! —continuó Ribin, severo y grave—. Yo también pienso que lo sabía. Es un hombre serio; antes de dar un salto, mide bien la distancia. ¿Os dais cuenta, muchachos? Sabía que podrían darle un bayonetazo o llevarle a la cárcel, y ha seguido adelante. Habría pasado sobre el cuerpo de su propia madre... ¿Verdad que habría pasado por encima de ti, Nílovna?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Sí! — respondió la madre, estremeciéndose, y luego de echar una mirada en torno, suspiró con pena. Sofia le acarició la mano, en silencio, frunciendo el ceño y clavó los ojos en Ribin.

—¡Eso es un hombre! —dijo él a media voz, y miró a todos con sus oscuros ojos. Y los seis volvieron a guardar silencio.

Finos rayos de sol colgaban del aire como cintas de oro. En alguna parte, un cuervo lanzaba convincentes graznidos. La madre miró a su alrededor: sus recuerdos del Primero de Mayo, el pensamiento angustioso de su hijo y de Andréi la trastornaban. En el pequeño claro yacían bidones vacíos de alquitrán, se amontonaban troncos descortezados. Los robles y los abedules se apretaban alrededor, por todas partes avanzaban insensiblemente sobre el claro, y, unidos por el silencio, lanzaban sobre el suelo unas sombras profundas y tibias.

De pronto, Yákov se separó del árbol en el cual se apoyaba, dio un paso hacia un lado, se detuvo y preguntó con voz seca y fuerte, inclinando la cabeza:

—¿Y es contra gente así contra quien a Efim y a mí se nos ordenará marchar?

—Pues, ¿contra quién crees tú? —respondió socarrón Ribin— Nos ahogan con nuestras propias manos, en este juego del ratón y el gato.

—Bueno, yo iré soldado de todas maneras —declaró Efim tercamente.

—¿Quién te lo impide? —exclamó Ignat—. ¡Vete!

Y mirando al fondo de los ojos de Efim, le dijo riendo:

—Sólo que, cuando dispires sobre mí, apunta bien a la cabeza. No me dejes mutilado, márame de una vez.

—¡Ya me lo has dicho! —gritó bruscamente Efim.

—¡Esperen, muchachos! —dijo Ribin, mirándolos y alzando el brazo en un gesto pausado—. Miren a esta mujer (y señaló a la madre). Seguramente, su hijo está perdido esta vez...

—¿Por qué dices eso? —preguntó la madre, en voz baja y angustiada.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Porque es necesario. Es necesario que tu pelo no se vuelva blanco en vano. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso la han matado con esto? ¿Has traído libros, Nílovna?

La madre le lanzó una ojeada y respondió, tras un silencio:

—Sí, los he traído...

—¡Eso es! —dijo Ribin, golpeando la mesa con la mano—. Lo comprendí al verte, ¿para qué ibas a venir si no era por eso? ¡Ya lo ven: arrancan al hijo de las filas y la madre ocupa su puesto!

Y amenazando siniestro con la mano, lanzó un soez juramento.

La madre se asustó de aquel grito, le miró y se dio cuenta de que la cara de Mijaíl había cambiado mucho; había adelgazado, la barba le había crecido desigual y, a través de ella, se percibían los pómulos salientes. Finas venillas rojas surcaban las azuladas córneas de los ojos, como si no hubiera dormido hacía mucho. Tenía la nariz más cartilaginosa y ganchuda, como la de un ave de rapiña. El cuello de su camisa desabrochada, que en tiempos fuera roja y ahora estaba empapada de alquitrán, dejaba al descubierto las descarnadas clavículas y la espesa pelambreira de su pecho. Y en toda su figura había algo que le hacía más sombrío y fúnebre. El brillo seco de sus ojos congestionados le iluminaba el rostro moreno con el fuego de la cólera. Sofía, pálida, permanecía en silencio, sin apartar su mirada de los mujiks. Ignat, entornando los ojos, movía la cabeza; Yákov, de nuevo de pie junto a la choza, arrancaba rabiosamente, con sus negros dedos, la corteza de la madera. A espaldas de la madre, Efim paseaba despacio, a lo largo de la mesa.

—El otro día —continuó Ribin—, el jefe del distrito me hizo llamar y me dijo: «¿Qué le has dicho al cura, canalla?» «¿Por qué soy un canalla? Me rompo el espinazo para ganar mi pan, y no he hecho mal a nadie, eso es lo que digo, ¡eso es!» Se puso a gruñir y me dio un puñetazo en plena cara... me tuvo encerrado tres días. ¡Ah!, ¿es así como le hablan al pueblo? ¿Así? ¡No esperes clemencia, demonio! Si no soy yo, será otro quien vengará mi ofensa, y si no es sobre ti, será sobre tus hijos, ¡recuérdalo! Han desgarrado el vientre del pueblo con sus garras de hierro y han sembrado en él el odio; ¡no esperen piedad, malditos! ¡Eso es!

Hervía de rabia, y en su voz temblaban ecos que aterraban a la madre.

—¿Y qué es lo que yo había dicho al pope? —continuó, más tranquilo—. Después de una asamblea de todo el pueblo, él estaba sentado en la calle con los mujiks, contándoles que los hombres son como un rebaño y que necesitan siempre un pastor. Y yo dije en broma: Si nombraran a la raposa jefe del bosque, habría muchas plumas, ¡pero no quedarían pájaros! Me miró de reajo y empezó a decir que el pueblo tiene que aguantar y rezarle a Dios para que le dé fuerzas y pueda tener paciencia. Y yo le respondí que el pueblo reza mucho; pero, por lo visto, Dios no tiene tiempo para escucharle. ¡Eso es! Entonces insistió en preguntarme qué oraciones rezaba yo. Yo le dije que, durante toda mi vida, una sola, como todo el pueblo: ¡Señor, enséñame a cargar ladrillos para los señores, a comer piedras, a escupir tizones! No me dejó terminar. ¿Usted es una dama de la nobleza? —preguntó bruscamente a Sofía, interrumpiendo su narración.

—¿Por qué lo sería? —preguntó ella, estremeciéndose ante la inesperada pregunta.

—Porque... —dijo Ribin riendo—. Es su destino, ha nacido usted así. ¿Cree que el pecado de nobleza puede ocultarse cubriéndose la cabeza con un pañuelito de percal? Se reconoce a un pope, incluso sin sotana. Ha puesto usted el codo en la mesa mojada, y lo retiró en seguida haciendo una mueca. Y tiene la espalda demasiado erguida para ser una obrera...

Temiendo que fuese a ofender a Sofía con su áspera voz, su ironía y sus palabras, la madre intervino viva y serenamente:

—Es mi amiga, Mijaíl Ivánich, y una buena persona. Sus cabellos se han vuelto grises trabajando por nuestra causa. No debes...

—¿Es que estoy diciendo algo ofensivo?

Sofía le miró y le preguntó secamente:

—¿Quiere usted decirme algo?

—¿Yo? ¡Sí! Mire, no hace mucho tiempo que ha venido aquí un muchacho nuevo, un primo de Yákov. Está enfermo, tuberculoso. ¿Puedo llamarlo?

—Por supuesto, llámelo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Ribin la miró entornando los ojos. Bajó la voz:

—Efim, ve a buscarle y dile que venga esta tarde.

Efim se puso la gorra sin decir nada ni mirar a nadie, y se internó, con paso lento, en el bosque. Ribin lo señaló con la cabeza, y dijo:

—Sufre. Tiene que ser soldado, y Yákov también. Yákov dice: «No puedo.» Y el otro tampoco puede, pero quiere ir... Tiene la idea de que puede hacer propaganda entre los soldados. Yo creo que no es fácil derribar un muro con la frente... No hay más que verlos, les ponen una bayoneta en la mano, y marchan... Sí, Efim sufre. E Ignat le revuelve el cuchillo en la herida, lo que no sirve de nada.

—Desde luego que sí sirve —dijo Ignat sombríamente, sin mirar a Ribin—. Lo “trabajarán” en el regimiento, y tirará sobre los obreros tan bien como los demás.

—No lo creo —respondió pensativamente Ribin—. Pero valdría más evitarlo. Rusia es grande..., ¿cómo encontrar en ella a un hombre? No tiene más que procurarse una buena tarjeta de identidad y marcharse por las aldeas.

—Es lo que pienso hacer yo —declaró Ignat, golpeándose la pierna con unas virutas—. Desde el momento que uno decide no batirse, no hay que dudarle.

La conversación decayó. Las abejas y las avispas volaban afanosas, y su zumbido subrayaba el silencio. Los pájaros piaban y en alguna parte, a lo lejos, una canción erraba sobre el campo. Tras un instante, Ribin dijo:

—Bueno, tenemos que trabajar. Ustedes descansarán. Hay jergones en la choza, y tú recoge hojas secas, Yákov. Madre, deme acá los libros.

La madre y Sofía abrieron sus mochilas. Ribin se inclinó para mirar, y dijo satisfecho:

—¡Vaya, han traído un buen paquete! ¿Hace mucho tiempo que trabajan en esto? ¿Cómo se llama usted? —preguntó dirigiéndose a Sofía.

—Ana Ivanovna..., desde hace doce años. ¿Y bien?

—Bueno... ¿Tal vez ha estado en prisión?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—He estado.

—¿Lo ves? —dijo dulcemente la madre, en tono de reproche—. Y tú te muestras grosero con ella...

El calló un instante, tomó un paquete de libros que puso bajo su brazo y dijo, descubriendo los dientes:

—¡No se ofenda conmigo! El mujik y el señor son como la resina y el agua, que no van bien juntos, se rechazan.

—No soy una dama, sino un ser humano —replicó Sofía, con una suave sonrisa.

—Puede ser... Se dice que el perro fue antes lobo... Me voy a esconder todo esto.

Ignat y Yákov se le acercaron.

—Danos alguno —dijo Ignat.

—¿Son todos los libros lo mismo? —preguntó Ribin a Sofía.

—No, todos no. Hay también un periódico.

—¡Ah!

Los tres entraron apresuradamente en la cabaña.

—Se excita pronto el mujik —dijo muy bajo la madre, siguiéndolos con mirada pensativa.

—Sí —murmuró Sofía—. Nunca había visto un rostro como el suyo... parece un mártir. Vamos nosotras también, quiero echar un vistazo.

—No se enfade con él... es duro —musitó la madre.

Sofía sonrió.

—Qué buena es usted, Nilovna...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Al ver a las dos mujeres en el umbral de la choza, Ignat levantó la cabeza, y luego, hundiendo la mano en sus rizados cabellos, volvió a inclinarse sobre el periódico que tenía en las rodillas. Ribin, de pie, había colocado la hoja bajo un rayo de sol que se deslizaba en la choza por una rendija del techo, y desplazando el periódico según la luz iba iluminándolo, leía moviendo los labios. Yákov, arrodillado, apoyaba el pecho en el borde de la cama de tablas, y leía también.

La madre fue a sentarse en un rincón, mientras Sofía, pasándole el brazo por los hombros, observaba en silencio a sus compañeros.

—¡Tío Mijaíl, aquí se meten con nosotros, con los mujiks! —dijo Yákov a media voz, sin volverse.

Ribin lo miró y respondió sonriendo:

—Porque nos quieren.

Ignat aspiró aire, levantó la cabeza y, cerrando los ojos, murmuró:

—Aquí han escrito: «El campesino ha dejado de ser persona...» Desde luego que ya no lo es.

Sobre su rostro, franco y abierto, apareció una sombra de humillación:

— Anda, ven acá, métete en mi pellejo, muévete en él, y ya veré yo quién eres, sabihondo.

—Voy a echarme un rato —dijo muy bajo la madre a Sofía—. Estoy un poco cansada, y este olor me marea el estómago. ¿Y usted?

—No.

La madre se echó en la cama de tablas y se adormiló inmediatamente. Sofía se sentó a su cabecera. Seguía observando a los lectores, y, cuando un moscardón o una avispa volaba sobre la cabeza de la madre, los espantaba solícitamente. Con los ojos semicerrados, Pelagueia se daba cuenta, y esta atención le era dulce.

Ribin se acercó y murmuró con su gruesa voz:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Duerme?

—Sí.

Calló un instante, miró fijamente a la madre, suspiró y dijo blandamente:

—Puede que sea la primera mujer que ha seguido el camino de su hijo, ¡la primera!

—No la molestemos, vamos afuera —propuso Sofía.

—Sí, tenemos que ir a trabajar. Me gustaría que hablásemos, pero será esta noche. ¡Vamos, muchachos!

Salieron los tres, dejando a Sofía delante de la choza. La madre pensó:

—Bueno, pues esto marchará, gracias a Dios. Se han hecho amigos...

Y se durmió apaciblemente, respirando el aire picante del bosque y la brea.